

Construyendo ciudadanía¹

Alain Touraine*



Quisiera antes de empezar, hacer una observación o dos. Es para mí un privilegio hablar con amigos argentinos. En todo este período he estado pensando mucho en Argentina, por eso la posibilidad de reflexionar con ustedes es de gran importancia. La segunda observación es banal, en el sentido que todos los sociólogos sabemos bien, siempre estamos entre dos frentes opuestos. Por un lado tratamos de construir análisis con conceptos en forma autónoma con respecto a la coyuntura y, por otro lado, estamos trabajando con datos históricos y entonces siempre estamos ubicados frente a una coyuntura que no depende de nosotros pero que tiene impacto en otro análisis.

Es una situación grave. El mundo financiero ha perdido la confianza en sí mismo, tal vez desde el caso ENRON y otros. Entonces la situación dentro de la cual estamos pensando no es tal vez como cuatro o cinco años atrás. Esta idea de una globalización que conquista el mundo y no se puede hacer nada porque todas las autoridades políticas, sociales, culturales, y morales están a un nivel nacional, local, tal vez continental, mientras esta famosa globalización da a la economía una capacidad de decisión mucho más grande (la economía está encima de todo e impone sus leyes, de tal manera que nosotros los sociólogos y toda

* EPHESS, Francia

¹ Video conferencia realizada el 26 de junio de 2002.

la población nos sentimos un poco impotentes) se puede denunciar o esperar un movimiento de nivel mundial (lo que ocurre en cierta manera) que la conteste. Pero el análisis será difícil.

Como punto de partida, tal vez exagerando un poco, la situación actual para mí, tiene dos características: la primera es que la que acabo de mencionar, que me parece un cambio muy importante. Este mundo “orgullosa”, digamos, al cual le gustaba imponer su racionalidad a la irracionalidad de los actores sociales, este mundo de la racionalidad, ha descubierto no solamente que funciona de manera muy irracional, sino que también funciona con muchos ladrones, mentirosos, y gente que normalmente estaría en una cárcel.

Yo nunca acepté la idea de que se va construyendo una lógica internacional y económica por encima de todo. Sí es importante saber que nuestro pensamiento se va desarrollando en un clima de falta de confianza, con aspectos muy negativos, en el aspecto de que puede suceder un crack en cualquier momento y también un momento en el cual vamos a sentir más la responsabilidad de nuestro pensamiento porque nadie más puede decir “no se puede hacer”. Sí, seguramente se puede hacer algo. La segunda característica, que puede parecer un poco marginal aquí, me parece a mí muy importante. Repito que en los últimos años (estemos a favor en contra) el tema central fue el tema de la globalización, el tema de una hegemonía básicamente económica. A pesar de que se sigue hablando de globalización, no es el enfoque que corresponde al mundo actual. Si ustedes observan la lógica de los grandes actores en el mundo, me parece obvio que estamos viviendo (en particular desde el 11 de septiembre en el cual las armas juegan un papel central), en un mundo en guerra, si se quiere. El presidente Bush, con o sin razón, da la prioridad a una visión militar. El 11 de septiembre, Al Qaeda, Palestina..., estamos en un mundo en guerra... No es mi tema, pero no podemos dejar pasar que estamos en un mundo que ya no se corresponde más con esta imagen tan predominante en los últimos años de un mundo básicamente dirigido por fuerzas económicas.

Tengo que entrar ahora en el tema de manera más clásica, más analítica en el tema que ustedes me propusieron: ¿Cuáles son las posibilidades y el contenido de proceso de democratización en el continente?

Debo empezar proponiendo una definición de la democracia. En un libro dedicado al tema expresé que el proceso democrático incluye tres elementos básicos y que son uno solo. Primero: que haya expresión clara y libre de demandas apoyadas por una mayoría. Segundo: las instituciones políticas, básicamente

partidos y parlamentos, tienen que ser representativos y, lo que es un poco más complejo, tiene que respetar ciertas reglas de gobernabilidad (y éste es más bien el conjunto de los puntos primero y segundo). El tercer elemento (y los tres son indispensables) es la limitación del poder del Estado, del ejecutivo, no sólo por otras instituciones sino por valores y principios aceptados como superiores. La limitación de la política es fundamental. Si ustedes piensan que la política debe tener un poder ilimitado, aunque sea para lo mejor, no hay democracia (y para utilizar el vocabulario más clásico que hoy hablamos en esta época, en general desde las declaraciones del siglo XVIII, pero desde antes, pensando también en los temas de la revolución holandesa o de la revolución inglesa de 1688, se ve que esa es una idea fundamental para nosotros). Hay cosas que el Estado no puede hacer, debe respetar límites.

Ahora intentaremos ver cuál fue la lógica predominante en los procesos históricos de creación de democracias en Europa. Este proceso es, en mi opinión, un proceso que va de arriba hacia abajo. El proceso europeo clásico empieza con la limitación del Estado, visión asociada a Locke. Limitación en el caso de Locke, porque el ciudadano también es un trabajador y el trabajo tiene derechos que limitan el campo de acción de la política. Después se construye un sistema político. Y, tercero, viene un período (que todavía sigue desarrollándose) de reivindicaciones democráticas.

Como sabemos, el mundo de la democracia moderna fue el resultado de un período bastante largo que en general llamamos el período de la Ilustración, en el cual hubo (tal vez mayormente en Francia) crítica de los privilegios, del poder absoluto, de la iglesia. Entonce hubo, y esto me parece importante, una base intelectual, también con un componente científico (el Estado no podía decidir sobre las leyes científicas como en la Unión Soviética) pero también moral (con o sin contenido cristiano). La gente de la Ilustración defendió la idea de que hay algo por encima de la política. Todo esto preparó el terreno para la afirmación de la idea de soberanía popular. Si hay una definición fundamental de la democracia es que no hay otra soberanía fuera de la soberanía del pueblo. Por eso considero que el día símbolo del nacimiento de la democracia no es el 14 de julio cuando toman la Bastilla, sino el 20 de junio cuando los diputados dijeron una frase famosa "estamos aquí por la voluntad del pueblo y no saldremos de aquí sino por la fuerza de las bayonetas". No hay manera de definir la democracia fuera de eso. Y eso significa también que hay que inventar instituciones que sean definidas por su capacidad de proteger o expresar

una diversidad de opiniones o, para utilizar una definición muy conocida, la democracia es un sistema político en el cual la minoría de hoy puede transformarse en la mayoría de mañana y viceversa.

Vuelvo al tema de la representatividad, que es el más sencillo, pero sin olvidar que detrás del problema de la representatividad siempre hay un problema de legitimidad. En muchos países hoy no es cierto que los gobiernos, a pesar de ser elegidos por elecciones libres, sean en este sentido legítimos. Por ejemplo, si la mayoría de la población no participa en las elecciones.

Como ya mencioné, históricamente el proceso comenzó con el movimiento intelectual y crítico de la Ilustración, siguió con la creación de instituciones nuevas (parlamentos) y, a partir de allí, ese cuadro de referencias, intelectual e institucional, permiten la formación, integración y expresión de demandas. No demandas individuales, sino demandas representables. En el modelo clásico no hay una explosión social que después fue canalizada a través de instituciones, no fue así; hubo una prioridad, el cambio de cultura política, después de instituciones políticas, y simbólicamente el mundo moderno democráticamente cortando la cabeza de algunos reyes (no solamente los franceses lo hicieron) y luego eso permite la formación o la llegada a nivel político de demandas que van más allá de las demandas cívicas, políticas. Para decirlo más rápidamente, creo que se puede decir que durante un siglo y medio la historia de la democracia fue, en el mundo entero, la entrada de la democracia como proceso político en el terreno de los problemas sociales. Simbólicamente estamos acostumbrados, por lo que escribió Marx, a pensar que este cambio se realizó en pocos meses. En Francia, en 1848 se proclama la República (político), en junio del mismo año hay una sublevación de obreros desocupados que es reprimida. Marx agrega incluso que los franceses que son tan inteligentes para entender lo político son estúpidos para entender lo social, lo que parece justo.

Entonces, hemos pasado un siglo dominado por el problema de si es posible o no extender el concepto de democracia, de lo político a lo social, o es imposible. Es decir, si ustedes quieren resolver problemas sociales, de justicia social, tienen que abandonar el camino democrático y establecer digamos una dictadura del proletariado (o algo así). Y es cierto que en el siglo XX la mayor parte de los países y la gente pensó que la segunda solución era la única posible. Cuando la II Internacional se dividió, la mayoría de la gente siguió con la Internacional leninista que pensaba en la necesidad de la ruptura del sistema político. Esta idea

de extensión de la democracia a través de los sindicatos, de convenios colectivos, de leyes, etc., todo eso se ha ampliado.

En muy pocas palabras quiero agregar lo siguiente, en mi opinión, después de un siglo dominado por el problema de la extensión de la democracia al terreno social, estamos viviendo otra época desde hace veinte o treinta años, que es el problema semejante de extensión de la democracia como concepto político al terreno cultural. Se habló de una democracia social. ¿Se puede hablar de una democracia cultural o no? ¿Estamos frente a la misma disyuntiva del siglo pasado? Hay gente que dice “no señor”, si ustedes quieren respetar la diferencia, el espíritu comunitario, la tradición, la religión, el idioma, etc., ustedes no pueden mantener una referencia universalista. Cada uno se diferencia y eso nos lleva al comunitarismo, y comunitarismo es exactamente lo contrario, eso nos lleva muy rápidamente a la idea de la “limpieza étnica”, de la búsqueda de la homogeneidad, de la eliminación de todas las minorías. Esto lo hemos visto en África, en la ex-Yugoslavia y en muchos lugares del mundo, que termina con la exclusión y rechazo del otro. No hablo de ustedes, porque los argentinos han tenido un papel importante en este debate y nosotros estamos buscando desde los años sesenta, desde Berkeley y París y otras partes, una manera de que lo cultural se vuelva político, pero que se vuelva democracia cultural.

Desde mi punto de vista el problema central es la larga discusión alrededor de la igualdad y diferencia entre hombres y mujeres. Yo diría que el problema femenino, como el problema obrero, es la piedra de toque de este período. Pero también el movimiento ecologista por su defensa de la diversidad biológica, de la diversidad cultural, es una parte importante y de manera un poco confusa, pero muy importante en nuestra época. Una serie de movimientos de defensa de minorías, sean étnicas, lingüísticas, religiosas, sexuales, etc.

Habría una discriminación y, entonces, el problema es, lo que es la vieja idea democrática, aumentar lo más posible la capacidad de manejar una sociedad tan pluralista, tan diversa como sea posible. Lo que significa que lo que indica un proceso democrático es el reconocimiento del otro, reconocer que es más tolerar, aceptar la diferencia y la participación en el mismo mundo de gente que es diferente.

Rápidamente, y entremos en un tema que todos conocemos demasiado bien, yo diría que el modelo latinoamericano fue básicamente un modelo más limitado, su aspecto central fue el aspecto institucional sin dar demasiada importancia a principios superiores, al contrario, los latinoamericanos siempre han

creído en una política todopoderosa, en la posibilidad de transformar todo, en un mundo de política global, digamos. Pero su trabajo fue el de crear cuadros institucionales, agregando que el sistema latinoamericano ha sido y sigue siendo un sistema dualista. El libro principal que escribí sobre el continente, desgraciadamente en español se ha traducido como *Política y sociedad*, pero en francés y en portugués se llama *La palabra y la sangre*, lo que es un poco más fuerte. O sea que hay dos mundos, el mundo de la palabra, de la participación, de la ciudad... y el mundo de la sangre, que es el mundo del campo, de las favelas, de las huelgas, el mundo de las minas, diría yo, porque la violencia de América Latina fue concentrada en gran parte en las minas, desde Chile hasta México, pasando por Bolivia. Entonces yo diría, sí hay predominio de la política y debilidad relativa de la cultura de la democracia. Sí hay vinculación de la democracia con las demandas y reivindicaciones sociales, pero se trata de abrir las puertas a una parte. Ahora ustedes no tienen una visión muy normal porque en el caso argentino se abrieron las puertas bastante, no totalmente, pero bastante, y se cerraron recientemente. Si ustedes consideran el México de hoy, el 50% está adentro y el 50% afuera. Si ustedes ven ciertas partes de Perú o Bolivia o de África son tal vez el 80% o el 90% los que están afuera. Quiero recordar que en los países más ricos del mundo, en América del Norte, en Europa Occidental, antes yo decía que el 15% estaba afuera, ahora hemos observado que es alrededor del 20%. No quiere decir que estén en la miseria absoluta, no, pero puede ser pobreza, precariedad o aislamiento, y cada vez que se observa el número de gente que está afuera uno descubre que hay muchos más de lo uno piensa. Esa es la situación latinoamericana. Es decir que hay un proceso limitado de apertura democrática, no hay, salvo pequeñas excepciones, una tradición liberal en América Latina. Brasil, México, incluso Argentina (salvo a comienzos de siglo XX), todos estos países no tuvieron una tradición liberal sino esta tradición dualista, con apertura en el caso argentino, obviamente una apertura populista, el pan barato y si el pan es demasiado barato los productores agrícolas llaman a sus amigos milicos para eliminar la presión popular. Hay un momento de vaivén que se encuentra en la situación mexicana a partir de 1840, un presidente de derecha, un presidente de izquierda, aunque estas palabras tengan un sentido muy distinto.

Entonces, en América Latina la referencia al pueblo o a lo popular es un tipo de utopía, de sueño que intenta ir más allá de este dualismo; pero, en realidad, el pueblo en este sentido no existe (para tomar un caso conocido, en la República Dominicana, los grandes movimientos de los años ochenta, especial-

mente el movimiento urbano del año 1984, que es un movimiento del pueblo, del pueblo pobre, de los pobres, más allá de los partidos, más allá de los sindicatos). Al contrario, la famosa frase chilena “el pueblo unido, jamás será vencido”, pero este pueblo nunca es unido y casi siempre fue vencido. A diferencia, en el mundo clásico europeo que se va desde arriba hacia abajo, desde una cultura política hasta instituciones políticas y hasta movimientos sociales y ahora culturales. En el caso latinoamericano la situación es mucho más frágil porque no hay gran cultura política democrática, no hay grandes movimientos sociales o culturales, a pesar de la impresión, hay más pobres que revolucionarios en este continente y hay una concentración en el aspecto, en el nivel institucional, pero eso no impide que este sistema albergue solamente una parte de la población.

Ahora rápidamente lo que pasa, lo que pasó durante el período reciente, el período de la globalización se puede definir de manera muy rápida porque se trata casi de una definición. Como lo mencioné, la palabra globalización significa concretamente: la economía funciona a nivel mundial y entonces no hay ninguna fuerza social, ni moral, etc., que funcione al mismo nivel y todos sabemos que esta definición de instituciones económicas que funcionan sin control, sin regulación como dicen los economistas, de parte de la política, es la misma definición del capitalismo en sus aspectos positivos y negativos. Entonces en lugar de hablar de globalización yo siempre prefiero hablar de capitalismo extremo. Por definición hablar de globalización es hablar de des-democratización, de ruptura, de decadencia, de eliminación de los controles de las instituciones y, además, la cultura que dice “la economía manda todo” no puede ser democrática. Por eso durante este período, si bien es cierto que se formaron movimientos antiglobalización, antiinternacionalización, estos movimientos fueron sectoriales y limitados, porque los movimientos que se formaron, no se formaron contra la globalización sino a favor de la democratización, a favor de una vuelta a ciertos controles de la actividad económica, que no significa una dominación total a través de la política, sino que quería límites, quería principios, digamos lucha a favor de la igualdad, esfuerzos para disminuir la desigualdad, mientras (como todos sabemos) el período actual es de aumento de las desigualdades entre los países y dentro de casi todos los países. Es cierto que en este período en América latina y en todas partes hubo un esfuerzo normal de fortalecimiento del nivel institucional dentro de esa tradición latinoamericana que mencioné, pero también sea a nivel nacional, sea a nivel local, sea a nivel continental, para tratar de establecer algunos límites. Yo creo que en realidad los resultados son pocos.

Quisiera limitarme a mencionar un caso que me parece interesante e importante. Después de un larguísimo período de partido único, México rompió con ese sistema y reconoce la pluralidad de los partidos. Yo me interesé mucho en ese proceso. Hasta el momento actual este proceso ha sido un fracaso. No se han formado partidos. El PAN no se ha formado, porque el partido del presidente la única decisión que ha tomado es estar contra el presidente. El PRD está totalmente dividido y el PRI no sabe lo que es un partido. Es lo que me dijo una vez la presidenta del PRI, cuando estuvimos juntos en Chile para la asunción de Ricardo Lagos, me decía “a mí me cuesta entender lo que es un partido”; ella era la presidenta del partido más importante. Por supuesto, porque el PRI no era un partido. El PRI era el Estado. Entonces ahora el PRI está tratando de rearmarse, pero bueno...

Y termino todo esto, que de cierta manera es una introducción. Espero que me queden un par de minutos para decir lo que para mí es el resultado de este esfuerzo de análisis. En la América Latina de hoy, con estas inmensas dificultades que conocemos, es muy poco probable que haya una capacidad de gran desarrollo una cultura democrática. Segundo: yo no veo que las instituciones políticas, a pesar de algunos resultados positivos (hubo durante un período magnífico en el Perú la formación de instituciones democráticas, después de la caída de Fujimori que fue casi un milagro), pero ustedes saben muy bien, ustedes viven de manera diaria la debilidad o la desorganización que existe en las instituciones. Entonces, el problema más difícil es si la democracia no puede defenderse a partir de la cultura democrática, no puede defenderse o fortalecerse a partir de las instituciones, a pesar de que sean más o menos dualistas, eso significa que el factor más fuerte de formación del espíritu democrático tiene que ser por otro lado, por el lado de abajo, por la formación de demandas representables, de reivindicaciones. Y, evidentemente, en el continente no hay, no es un período de movimientos de masas.

Mi interés y mi interrogante es: ¿Cuáles pueden ser las fuerzas sociales o culturales básicas que den vida, a partir de abajo, a un espíritu democrático? Yo quisiera proponer respuestas modestas, limitadas, pero que para mí son importantes. Primero, en la mitad norte del continente la respuesta es bastante clara, a pesar de los fracasos, ha existido y existe un movimiento que parte de lo cultural, que es un movimiento, o una serie de movimientos, que parten de lo cultural, que es un movimiento o una serie de movimientos indígenas que por primera vez afirma que la defensa de la cultura, de la identidad, de la vida de una población

pasa a través del fortalecimiento de la democratización. Tal vez, estoy exagerando, pero me entusiasmé tanto con esta idea de que por primera vez en el continente una defensa muy radical de poblaciones que son amenazadas de muerte, en lugar de vincularse con el espíritu combativo de parte de la juventud urbana y así formar guerrillas; no, esta gente después de un poco de confusión, proclamó la unión de las dos cosas. Estoy mencionando no solamente a los zapatistas, que simbólicamente fueron los más importantes porque lo dijeron de manera más clara, y también porque mi interés es más directo y personal con este movimiento y con Marcos, pero eso se aplica al Ecuador, eso se aplica a Bolivia y yo diría menos o de manera más oscura a Guatemala. Entonces, por el momento yo diría que los mapuches que son olvidados en general, claro que han luchado, pero no han tenido la posibilidad porque como ustedes saben están encerrados, no han alcanzado a transformarse en la base de un movimiento democratizante.

Viene la pregunta difícil ¿Cuál es la fuerza social o cultural que representa una base movilizadora para la democracia? Quisiera dar dos elementos de respuesta. El primer elemento se impuso a mí durante una reunión en la cual participé (que era una reunión en Madrid pero organizada por argentinos), y mi respuesta sería que en Argentina los actores de la democratización son los muertos. Que la idea de desaparecidos, el concepto de dolor, de sufrimiento, de deber de memoria, es diría yo como si se pidiera el derecho a votar para los muertos y estoy pensando en una fórmula famosa de Michelet, en el siglo XIX, que decía “una sociedad es la comunidad de los vivos y los muertos”. Y eso me parece más cierto en Argentina que en cualquier otro país, pero también sucede en otros países. Esta idea de que si hablo de muertos, de los desaparecidos, hablo de la necesidad de la verdad, primero de la justicia y también de la necesidad de reconocer al otro como otro y no solamente como víctima. Eso me llevó a mi última observación que es una observación que, obvio, no fue siempre muy bien recibida en Argentina, pero precisamente por la razón que mencioné hace una hora, que la crisis mundial actual es una crisis de confianza. Yo diría que la base, la fuerza, el recurso de la democracia en la Argentina o en otros países es la confianza; no la confianza en las instituciones, que yo creo difícil, yo diría la confianza en sí, la idea de que yo puedo hacer algo, que yo como individuo, como grupo, puedo armar reivindicaciones, presionar a las instituciones para que los escuchen, conseguir del poder del Estado, del ejecutivo, el respeto a principios, valores que están encima de ellos, es decir que el momento actual es un momento en el cual, especialmente en Argentina, no hay solución, no hay

manera de salir de la crisis. Cualquier acuerdo que venga con el Fondo, no hay solución si los argentinos no consideran que depende de ellos, no de su buena voluntad, no de su confianza y de su afirmación como ciudadanos. No hay solución si no hay un tipo de acuerdo nacional basado en la confianza de un tipo u otro de solución de tipo económico para permitir que vuelvan los capitales. No hay gobierno que pueda resolver los problemas si no hay afirmación de la soberanía, de sí más allá de cualquier proceso institucional, no hay de parte de los argentinos, de parte de los brasileños, de los uruguayos y muchos más, si no hay esa afirmación autocreativa, que cada uno de nosotros somos ciudadanos. Y, entonces, en una situación en que no hay más base de apoyo, la última base de sobrevivencia o apoyo de la democracia es la confianza y conciencia de todos, de que la democracia es ellos mismos, de que no hay que tener confianza en la democracia, en la confianza está la democracia. Y lo digo porque yo creo que se ha criticado con razón la relativa debilidad de esta confianza y conciencia en sí misma en la Argentina, y que me parece que no solamente es una cosa posible, es una cosa necesaria de que los argentinos se encarguen en forma urgente, que la nación se encargue, de la democracia en Argentina. Y hay un tipo de refundación de la cultura democrática a través de este movimiento de autoafirmación de sí mismo como fundador permanente de un país de ciudadanos.